

# El Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y Communionio

Peter Henrici <sup>1\*</sup>

Cuando Joseph Ratzinger se convirtió en Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1981, renunció a la dirección de la *Communio* alemana. Poco después me invitó a su residencia oficial en el Palazzo del Sant'Ufficio, me ofreció una silla y me preguntó si estaría dispuesto a sucederle como redactor de la edición alemana de *Communio*. Sorprendido por este honor, no pude negarme. Así comenzó una nueva etapa en mi vida.

## I

Pero al ceder su puesto en el consejo de redacción, Joseph Ratzinger no renunció en absoluto a su interés por la revista. Ya como Papa, leía con atención cada número de la *Communio* alemana y, si era necesario, se ponía en contacto con el editor o con alguno de sus viejos amigos para hacer algún comentario crítico. Cada vez que me reunía con él, me preguntaba por el estado de la revista. Su vinculación duradera a *Communio* no se basaba en vagos recuerdos; se sentía espiritualmente vinculado a ella y mantenía una relación amistosa con los fundadores de la revista, en primer lugar con Hans Urs von Balthasar.

En 1985, le hizo una celebración abrumadoramente hermosa por su 80 cumpleaños en el Engelsburg, con un recital de piano y una recepción en la terraza por la noche. Cuando Balthasar mismo iba a convertirse en cardenal, Ratzinger le ofreció toda la ayuda posible. Y cuando Dios (probablemente en el espíritu del homenajeado) se anticipó a la ceremonia de elevación al cardenalato, Ratzinger pronunció el sermón en el funeral de Balthasar en Lucerna.

## II

Más allá de estas relaciones personales, el Cardenal mostró su compromiso duradero con la revista en la celebración de su vigésimo aniversario. Lo celebramos en Roma pensando en él, y el Cardenal pronunció el discurso

---

<sup>1\*</sup> Nacido en Suiza (1928), jesuita, fue consagrado obispo en 1993. Profesor de Filosofía en la U. Gregoriana y miembro de *Communio* Alemania desde su fundación.

de apertura en la Pontificia Università Gregoriana. Fue mucho más que un discurso conmemorativo; con el mismo título usado en su momento por Hans Urs von Balthasar: “*Communio* – ein Programm”, Ratzinger reinterpretó su editorial programática.

Tres aspectos en los que hizo especial hincapié, podrían ser también característicos de su modo de proceder como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

1. Al repasar la historia de los orígenes de *Communio*, el Cardenal subrayó que la revista se fundó en lugar de una irrealizable obra comunitaria de *clarificación*. Para la clarificación (*Klarstellung*), dijo, es importante “que no sea el *no*, sino sólo el *sí* lo que dé permanencia a tal compromiso”; debe “proceder de una razón positiva, para que también pueda dar respuesta a las preguntas planteadas”.

Con esto, el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe también señalaba su propio modo de proceder. También él se preocupó siempre por las clarificaciones, no por las condenas, lo que a menudo se juzgó mal. Incluso como Cardenal Prefecto, no tenía un poder ilimitado de disposición. A un grupo internacional de periodistas con los que le visité, respondió a una pregunta crítica: “Señores, recuerden que sólo soy uno de siete”. Como presidente de una “Congregación” vaticana, podía tomar decisiones de procedimiento, pero no una única decisión de hecho.

El cardenal Ratzinger usó lo mejor que pudo este limitado poder suyo. Si no le gustaba una decisión de los consultores o de sus colegas cardenales, solía decir: “El asunto aún no ha sido suficientemente aclarado; hagámoslo examinar por otro grupo de expertos (en su mayoría externos)”. Sólo la historia, una vez abiertos los archivos, podrá demostrar cuántas inexactitudes o disgustos pudo evitar o mitigar de este modo.

Uno de los resultados de este modo de proceder se puso de manifiesto, sobre todo, cuando se suponía que un segundo documento debía superar la estrechez de un primero. Es lo que ocurrió con los dos documentos sobre la teología de la liberación. El tan denostado primer documento sobre la teología de la liberación, *Libertatis nuntius* (1984), que advertía contra las influencias marxistas, ya anunciaba a su vez un segundo documento, complementario, *Libertatis conscientia* (1986), que dos años después subrayaba los aspectos positivos de la teología de la liberación.

Algo parecido puede decirse del igualmente denostado documento *Dominus*

*Jesus* (2000) sobre la teología pluralista de la religión. En 1997, la obra del jesuita Jacques Dupuis *Vers une théologie chrétienne du pluralisme religieux* fue sometida a un escrutinio magistral, con la intención principal de hacer un guiño a algunos teólogos indios. Dupuis respondió detalladamente a las preocupaciones planteadas a este respecto, y esta respuesta se utilizó posteriormente como base para *Dominus Jesus*. A continuación, Dupuis firmó un *monitum* muy comedido. Pero para mayor clarificación, el Cardenal encargó a uno de sus más importantes colaboradores, Karl Josef Becker SJ, la preparación de una antología interdisciplinar internacional sobre teología de la religión.

Un tercer ejemplo se refería a mí mismo. Junto con el Presidente de la Iglesia Protestante Reformada de Zúrich, escribí una carta ecuménica en 1997. Nuestras breves observaciones finales sobre la hospitalidad eucarística fueron, como era de esperar, comunicadas a la Congregación para la Doctrina de la Fe. El cardenal Ratzinger me invitó entonces a una visita privada y me explicó las preocupaciones. Comprendió mi explicación de que había que encontrar una fórmula de compromiso que ambas partes pudieran firmar, y sólo me pidió que publicara un artículo aclaratorio sobre la concepción católica de la Eucaristía, cosa que ya había hecho. Eso zanjó el asunto.

2. En el espíritu de la citada “razón positiva” para las clarificaciones, el Cardenal señaló entonces en su conferencia de celebración, que el nombre de la revista no debía entenderse en el sentido de una “eclesiología de comunión”, que por entonces no estaba muy extendida. Incluso en la multitud de sus tareas, no crece sociológicamente de abajo arriba, sino que se funda teológicamente “desde arriba”. Porque la verdadera “Communio” sólo puede existir “desde arriba”, desde Dios. Por lo tanto, debe ser tarea de la revista “señalar a este verdadero arriba”.

En este énfasis en el *de arriba* ignaciano, el Cardenal coincidía con su amigo Balthasar. Pero su visión de la “Iglesia desde arriba” también le comprometió con lo que probablemente fue su tarea más difícil: la lealtad absoluta al Papa. Aunque ambos difícilmente podían ser más diferentes personalmente, y probablemente también teológicamente, cumplió fiel y adecuadamente las órdenes del Papa. Sólo cuando se trataba de lo más personal, Ratzinger permitía que esta diferencia aflorara abiertamente. Aunque respetó la decisión del Papa de soportar su sufrimiento en público hasta el final, eligió un camino diferente cuando él mismo se convirtió en Papa y renunció a su cargo a tiempo.

Probablemente, este paso se había considerado durante mucho tiempo. El Código de 1983 ya preveía la posibilidad de la renuncia del Papa en el canon

332, §2. Y la Constitución Apostólica *Universi Dominici Gregis* sobre la sucesión papal, en la que sin duda colaboró el Cardenal, menciona a continuación siete veces esta posibilidad. Con la realización de esta posibilidad, el Papa Benedicto ha dejado una huella duradera en la historia de la Iglesia.

3. Detrás de ambas amonestaciones a la revista estaba obviamente la preocupación básica de Joseph Ratzinger: la preocupación por una teología genuinamente católica. Cuando fue nombrado para Roma, ya había estipulado que incluso como Prefecto se le permitiría investigar y publicar como teólogo privado, una libertad que luego se reservó como Papa. El Papa Juan Pablo II se mostró receptivo, porque como arzobispo de Cracovia también había conservado su cátedra de Teología del Norte. De hecho, como Papa usó para su magisterio algunos de sus trabajos científicos –las notas a pie de página numeradas consecutivamente de sus primeras catequesis de los miércoles dejaban claro que se trataba de textos de un manuscrito aún inédito–. Ratzinger, en cambio, separó estrictamente sus declaraciones doctrinales de su labor teológica.

Hizo uso de la libertad teológica que se le concedía sobre todo a través de las conferencias anuales con su “círculo de estudiantes”, para las que también se invitaba y escuchaba a especialistas que no pertenecían a este círculo. Esto amplió los horizontes del Cardenal y más tarde del Papa, incluso más allá de la Comisión Teológica Internacional.

La teología también determinó en gran medida su estilo de liderazgo como Cardenal Prefecto. Le gustaba que los próximos temas importantes se preparasen en una conferencia teológica adecuada, a la que de ningún modo se invitaba sólo a expertos de “mentalidad romana”. Como ya se ha dicho, también le gustaba crear diversas comisiones teológico-filosóficas con miembros venidos “de fuera” para asuntos corrientes, a saber, si un resultado obtenido hasta entonces le parecía inexacto o insuficiente.

Los textos teológicos siempre han tenido que pasar por varias etapas de edición en Roma; el cardenal Ratzinger, sin embargo, a veces ha llevado esto al extremo. Pocas veces un texto pontificio ha sido trabajado durante tantos años, por tantos redactores y comisiones diferentes, como la encíclica “Fides et ratio”. Correspondía a un deseo del Papa filósofo, pero no estaba previsto originalmente como encíclica.

Todos estos procesos, en su mayoría ulteriores, demostraron que el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe era un teólogo que no se limitaba a poseer y defender la verdad, sino que se esforzaba honestamente por conocerla

y presentarla. En su discurso ceremonial, también encargó a nuestras revistas el mismo empeño: “Una revista con el nombre de *Communio* debe... ante todo mantener vivo y profundizar el discurso sobre Dios, sobre el Dios trinitario, sobre su revelación en la historia de la salvación de la Antigua y la Nueva Alianza, en cuyo centro está la encarnación del Hijo, el estar de Dios con nosotros. Debe hablar del Creador y del Redentor, de la semejanza de Dios y del pecado del hombre; debe tener ante los ojos el destino eterno del hombre y desarrollar así con la teología una antropología que llegue hasta las raíces. Debe hacer de la Palabra de Dios la respuesta para el hombre”.

### III

Un programa casi irrealizable para una revista que, como “católica”, quiere tratar no sólo de teología, sino también de temas y cultura contemporáneos. Desde el principio, la revista ha intentado cumplirlo en cierta medida a través de su serie teológica, y el Cardenal se mostró dispuesto a prestar su nombre a una selección de artículos sobre el Credo.

Al mismo tiempo, sin embargo, instó a los editores a hacer examen de conciencia. Dos veces mencionó la frase programática de Hans Urs von Balthasar: “No es cuestión de bravura, sino al menos del valor cristiano de exponerse”. E interpretó esta frase en el sentido de que la misión teológica de la revista también puede malinterpretarse: “¿No nos hemos escondido más bien detrás de la erudición teológica y nos hemos esforzado demasiado por demostrar que estamos al día? ¿Hemos hablado realmente la palabra de fe de forma inteligible y cordial a un mundo hambriento, o nos hemos quedado sobre todo en el círculo íntimo de los que se tiran la pelota unos a otros en su lenguaje técnico?” Casi treinta años después, esta admonición no ha perdido ni un ápice de su pertinencia, sobre todo para las tres ediciones principales de la revista.<sup>2</sup>

Por ello, estamos profundamente en deuda con Josef Ratzinger. Le agradecemos todo lo que pudo hacer como cardenal y Papa por toda la Iglesia y, de paso, por nuestra revista.

---

<sup>2</sup> Se refiere a las ediciones de Alemania, Francia y Estados Unidos.